

**TRAUMA POLÍTICO Y MEMORIA COLECTIVA:
Freud, Halbwachs y la Psicología Política Contemporánea**

D.Páez-N.Basabe

Universidad del País Vasco

RESUMEN

Se analiza la relación entre traumas sociopolíticos y memoria colectiva y se describen los procesos sociales de respuesta a hechos sociopolíticos traumáticos que afectan a una colectividad. Diversas investigaciones muestran las consecuencias de dichos procesos: los hechos traumáticos se asocian a pensamientos intrusivos, inhibición interpersonal, síntomas afectivos e indicadores colectivos e individuales de malestar. Retomando las teorías de Halbwachs, Freud y Bartlett, se plantea cómo los hechos traumáticos afectan a la memoria colectiva a través de procesos de olvido, distorsión y reconstrucción positiva del pasado. Ahora bien, la lucha por la memoria y el olvido y las diferentes formas como víctimas y agresores reconstruyen el pasado expresan el carácter conflictivo de la memoria colectiva.

ABSTRACT

We analyze the relationship between sociopolitical traumas and collective memory. We describe the social processes used as answer to traumatic sociopolitical events which affect a community. Different studies show the consequences of these processes. Traumatic events are associated with intrusive thoughts, interpersonal inhibition, affective symptoms, and both collective and individual signs of distress. Bearing in mind the theories of Halbwachs, Freud and Bartlett, we study how the traumatic events affect the collective memory by means of the processes of forgetting, distortion and positive reconstruction of the past. Nevertheless, the fight between memory and forgetfulness, and the different ways in which victims and aggressors reconstruct the past shows us the conflictive character of collective memory.

Introducción

Un artículo periodístico sobre Chile se titulaba: *¿Quién se acuerda de los crímenes del Sr. Pinochet?*: Crecimiento Económico y Amnesia Política. La respuesta implícita era que nadie se acuerda de la represión masiva (Baudin, 1992). Si a esto le agregamos que los uruguayos votaron masivamente por la ley de olvido y perdón, y que los legisladores argentinos aprobaron la ley de

punto final, no deja de sorprender que el trauma sociopolítico de los años de plomo de la represión por el Cono Sur parece haber sido superado mediante el olvido. Parafraseando la pregunta: *Quién se acuerda de los crímenes del Sr. Franco, del Sr. Hitler o del Sr. Petain*. Sobre éste último, responsable de la entusiasta y voluntaria colaboración de la justicia y policía francesa en el exterminio judío, sabemos que cerca de la mitad de los franceses tienen una buena opinión (Jodelet, 1992). La ingenua pregunta de un periodista alemán a E. Sabato cuando éste presentó su informe sobre la represión y los desaparecidos en Argentina: ¿Cómo fue eso posible en un país civilizado? y la respuesta de éste último: Y ¿siendo usted alemán me lo pregunta?, muestran la paradoja entre el trauma sociopolítico y su ausencia u olvido en la memoria colectiva.

Trauma sociopolítico

Nuestro interés se centra en los hechos traumáticos que afectan a colectividades y que se originan en acciones humanas en torno a la lucha sociopolítica. Estos hechos colectivos de carácter negativo no sólo producen pérdidas y fracasos materiales, como veremos más tarde, sino que también provocan un trauma moral e ideológico, provocando desacuerdo, conflictos y censuras (Wagner & Schwartz, 1991). Según Martín-Baró (1990) los traumas que afectan a una colectividad, que se sustentan en un determinado tipo de relaciones sociales, que a su vez mantienen la preponderancia de hechos traumáticos, provocan efectos psicosociales globales. Estos traumas no pueden ser analizados en un nivel individual, sino que deben ser examinados en su dinámica colectiva. Coincidiendo con este autor, revisaremos investigaciones tanto de tipo psicológico como sociológico para comprender los procesos individuales y sociales que desatan estos traumas sociopolíticos.

Los hechos traumáticos se definen por su carácter negativo, extremo, inusual y porque se asocian a amenazas a la vida de las personas (Janoff-Bulman, 1992; Davidson & Foa, 1991; Echeburúa, 1992). Los hechos «materiales» calificados como traumáticos de origen humano y que pueden afectar a colectividades son claros: guerras, violencias, violaciones y daños masivos a propiedades. Sin embargo, desde una concepción más sociocognitiva, Janoff-Bulman define como hechos traumáticos los que alteran profundamente el conjunto de creencias esenciales de las personas sobre sí mismas, el mundo y los otros (Janoff-Bulman, 1992). Desde este punto de vista,

hechos como asesinatos de líderes políticos (Kennedy, Luther King), hechos políticos sorprendidos aunque no vayan seguidos de catástrofes colectivas (el golpe fallido de Tejero el 23 F de 1981) o los momentos de cambio político que cuestionan valores e instituciones centrales (las revelaciones de Krushchev sobre los crímenes de Stalin, la caída de los regímenes del Este para los militantes de izquierda) se pueden concebir como traumas políticos. Pennebaker señala como para algunos sujetos el asesinato de Kennedy fue un auténtico cuestionamiento de su visión del mundo (Pennebaker, 1990). Lo mismo indican fuentes autobiográficas en lo referente a los crímenes estalinistas. Aunque falte investigación empírica, señalemos que los fenómenos de pensamiento repetitivo asociados a la inhibición de la comunicación sobre el tema y los efectos negativos psicológicos, también parecen manifestarse en estas catástrofes colectivas simbólicas. Lo que está claro es que para los sujetos implicados, estos hechos se asocian a memorias nítidas y resistentes al olvido.

Aun cuando existen pocas investigaciones sobre las catástrofes colectivas simbólicas, en lo referente a los hechos traumáticos materiales hay una sólida base empírica.

Las investigaciones epidemiológicas confirman que la participación en masacres y combates de guerra, ser víctima de violencias extremas, torturas y violaciones provocan cuadros sintomáticos en aproximadamente un 25-40% de las víctimas y agresores. Este porcentaje sube al 60% en el caso de las víctimas de violaciones (Janoff-Bulman, 1992; Davidson & Foa, 1991; Echeburúa, 1992). La mayoría de las víctimas de actos violentos presenta algún tipo de respuesta sintomatológica (Janoff-Bulman, 1992).

La fuerza del impacto de hechos traumáticos del tipo de catástrofes o desastres naturales se estima, según una revisión meta-analítica, en una $r=0,17$ —lo que quiere decir que se incrementa en el porcentaje de la población que presenta síntomas en relación a la situación anterior o a una población control que no ha sufrido el desastre colectivo (Rubonis y Bickman, 1991; Bravo y colaboradores, 1990). Como no hay resultados equivalentes para hechos traumáticos colectivos provocados por los hombres, señalemos que mientras la tasa de Trastorno de Estrés Post-Traumático (PTSD) es del 30% entre veteranos de guerra, ésta es doce veces más baja entre sujetos similares que no han combatido (Modell & Haggerty, 1991).

Una revisión del impacto de los hechos traumáticos confirmó en 16 de 19 investigaciones revisadas, que a mayor intensidad de los hechos, mayor pre-

sencia de síntomas psicológicos (Davidson & Foa, 1991). En el caso particular de la guerra se ha constatado que a mayor intensidad de los combates, mayor sintomatología (Janoff-Bulman, 1992). Además de esta relación entre la intensidad y la fuerza del impacto, se ha confirmado que las siguientes características provocan mayor impacto psicológico: el daño físico, la muerte de la pareja, la participación en atrocidades, el haber sido testigo de muertes y la exposición a lo grotesco (Davidson & Foa, 1991).

En síntesis, los hechos traumáticos mientras más intensos sean y más se asemejen a las violencias y represiones colectivas, más tienden a provocar trastornos psicológicos.

Lo que nos interesa en este artículo es comprender qué sucede cuando estos hechos afectan a parte importante de una colectividad, como fue el caso de Chile, en el que diferentes formas de represión y de hechos traumáticos afectaron a un 10% de la población (véase el artículo de Lira & Castillo en este número).

Efectos Psicológicos de los hechos traumáticos

Los hechos traumáticos, como los antes descritos, provocan generalmente síntomas de ansiedad y depresión, junto con un grupo de síntomas específicos que se han unificado en el denominado síndrome de estrés post-traumático.

Una primera dimensión de este último es una hiperreactividad psicofisiológica o respuesta de alerta exagerada que se manifiesta en hipervigilancia, respuestas de sorpresa exageradas, irritabilidad, dificultades de concentración y de sueño. Esta hiperactividad a estímulos parecidos a los del hecho traumático es específica en los sujetos que sufren de PTSD y no estaba presente antes del hecho traumático, según una serie de investigaciones realizadas con veteranos de Vietnam (Davidson & Foa, 1991; Janoff-Bulman, 1992). En otras palabras, los hechos traumáticos provocan en ciertos sujetos un estado de preparación excesiva ante estímulos que se traducen en una hiperactivación fisiológica.

En segundo lugar, las personas tienden a recordar repetitivamente (en imágenes retrospectivas diurnas y en sueños) la experiencia traumática y tienden a revivirla fácilmente cuando algo exterior se la recuerda. Los pensamientos y recuerdos intrusivos son los síntomas que se mantienen durante

más tiempo —por ejemplo, alrededor del 40% de las personas afectadas por una catástrofe colectiva seguían teniendo pensamientos repetitivos sobre el tema 16 meses después de ésta (Horowitz, 1986; Steinglass & Gerrity, 1990).

En tercer lugar, las personas que han sufrido de hechos traumáticos tienden a evitar pensar, actuar o sentir en relación a lo ocurrido. Además de la evitación cognitiva y conductual de todos los estímulos asociados a lo ocurrido, se suele presentar un embotamiento o anestesia afectiva, lo que les dificulta captar y expresar emociones íntimas. Por ejemplo, los excombatientes de Vietnam tenían dificultades para establecer relaciones íntimas (Davidson & Baum, 1986).

Estas tres dimensiones de síntomas existen separadamente al analizar factorialmente respuestas a cuestionarios - tienen validez estructural, existen empíricamente como conjuntos de síntomas separados en muestras de excombatientes (Davidson & Foa, 1991). Simultáneamente están asociados entre ellos: los sujetos que han sufrido una catástrofe colectiva y que sufren más de pensamientos y recuerdos intrusivos, tienen indicadores más altos de activación fisiológica y más síntomas de evitación y problemas interpersonales (Davidson & Baum, 1986).

Por otro lado, los hechos traumáticos alteran fuertemente la visión que se tiene de sí mismo, del mundo y de los otros. Una serie de investigaciones han reafirmado que las personas normales, de buen estado de ánimo, tienen una visión ilusoria positivista del mundo. Las personas normales tienden a tener una imagen positiva de sí, de su pasado y de su futuro, a sentir más emociones positivas que negativas, y tienden a recordar más hechos positivos sobre sí mismas. Asimismo, creen que sus opiniones y emociones son compartidas por la mayoría o por un número amplio de personas (fenómeno del falso consenso). Igualmente, creen que a nivel de capacidades y habilidades están entre los más capaces (fenómeno de ilusión de control y de falsa unicidad). Además, se sienten relativamente invulnerables y suelen predecir su futuro positivamente (Taylor & Brown, 1988; Páez, Adrián & Basabe, 1992; Janoff-Bulman, 1992).

A nivel implícito, en lo referente al mundo social, las personas creen que éste es benevolente, que hay personas que son buenas, que les sucederán más hechos positivos que negativos y que su futuro es optimista. Igualmente, creen que el mundo tiene sentido, que las cosas no ocurren por azar y que son controlables (ilusión de control) y que las personas reciben lo que se mere-

cen, es decir, que lo que les ocurre es justo (creencia en el mundo justo) (Janoff-Bulman, 1992).

Las personas que han sido víctimas de hechos traumáticos no sólo presentan mayores síntomas psicológicos (depresión), sino que también tienen una visión más negativa sobre sí mismas, el mundo y los otros. Mientras que las personas que han sido víctimas de catástrofes naturales se inclinan a creer menos que el mundo tiene sentido, las personas que han sido víctimas de hechos provocados por seres humanos tienden a percibir más negativamente, como menos benevolente, el mundo social y se ven a sí mismos más negativamente —comparados con personas que no han sido afectadas por hechos traumáticos. Estas diferencias se manifiestan hasta pasados 20-25 años del trauma. No obstante, la mayoría de los sobrevivientes de hechos traumáticos, incluyendo traumas sociopolíticos extremos como los campos de concentración, se encuentran bien adaptados años después (Janoff-Bulman, 1992).

Resultados similares se encuentran cuando se examinan encuestas sobre la percepción del mundo social, después de traumas sociopolíticos. En Chile, después de los años dictatoriales y de la represión, las encuestas realizadas al final de la dictadura (1986-87) confirmaron que las personas tenían una imagen negativa del mundo social y del futuro del país —en comparación con las encuestas de los años previos a la dictadura. Estos resultados no excluyen que también se encuentra el sesgo de falsa unicidad o *primus inter pares*: aunque los ciudadanos chilenos tenían una imagen negativa del mundo social y de su futuro, se inclinaban a tener una mejor imagen de su suerte personal (Huneus, 1987).

El impacto relativo y la evolución de la respuesta individual ante hechos traumáticos

Por otro lado, no todos los sujetos que han sufrido sucesos traumáticos presentan trastornos psicológicos importantes en los meses y años posteriores a éstos. De hecho, Wortman & Silver (1989) encontraron que la mitad de los sujetos afrontaban lo ocurrido sin pasar por fases de enojo-ansiedad y de tristeza intensas, encontrándose bien psicológicamente años después. Un 18% presentaba duelo crónico y un 3% duelo postergado (no expresión al inicio, pero fuerte alteración después). Sólo un 30% seguía un proceso gradual de shock-alteración-duelo-recuperación.

En otros términos, parte de las personas que afrontan sucesos negativos estresantes y catástrofes colectivas, como los asociados a la represión masiva, pasan por diferentes etapas. En una primera fase de alrededor de seis meses se movilizan en relación al hecho. Hay una alta activación fisiológica, un pensamiento obsesivo y fenómenos de ansiedad y enojo. Entre seis meses y un año y medio, se presenta un estado más estable de disminución de la actividad fisiológica y de pensamiento. En esta fase se realiza el trabajo de duelo y aparece la depresión. Finalmente, después de un año y medio o dos se finaliza el trabajo de aceptación y desaparece el impacto afectivo. Estos períodos son más cortos para gente con experiencia previa y apoyo social (Pennebaker, 1990). Las fases descritas por estudios clínicos realizados en Chile con familiares de ejecutados y desaparecidos concuerda en general con las antes descritas (Becker & Lira, 1989). Otras investigaciones confirman que el duelo afectivo requiere alrededor de dos años y que alrededor de 3-5 años son necesarios para reconstituir una visión de sí, del mundo y del futuro coherente (Jacobson, 1986). Esto sugeriría que entre los años 75 y 80 (las últimas represiones selectivas se produjeron en 1977) se habría culminado el proceso de duelo y recuperación.

Hay tres limitaciones a esta afirmación. Primera, en el caso de los familiares de desaparecidos y fusilados se plantea un duelo prolongado e incierto, en el que no se sabe si hacer el duelo o no. Segunda, los ritos de duelos "normales" no se realizan por la represión en muchos casos. Diferentes autores clínicos sugieren que la incertidumbre sobre el destino final y la ausencia de ritos producen efectos psicológicos negativos más fuertes (Lira & Castillo, 1991). Tercera, investigaciones recientes han mostrado que parte importante de las víctimas de hechos traumáticos siguen presentando síntomas después de transcurridos cinco o más años (Janoff-Bulman, 1992).

El impacto indirecto de los traumas colectivos

Los traumas sociopolíticos y los estados de represión, como los de Chile, instauran un clima emocional de miedo en el que predominan la ansiedad e inseguridad, las conductas de evitación, el aislamiento social, la descohesión grupal y la inhibición de conductas de afrontamiento (Lira, 1990b; Rojas y cols., 1989). A esto se asocia un cambio ideológico a posiciones más moderadas (Páez & Asún, 1992).

Desde el punto de vista de la evolución temporal de los comportamientos colectivos, después de los primeros momentos de shock, movilización y apoyo social, se pasa a un período en que los sectores reprimidos inhiben la comunicación sobre hechos negativos. Es frecuente el no contar los maltratos y problemas sufridos. Muchas personas olvidan su pasado ideológico y se orientan hacia una movilidad social individual. El apoyo social a los otros frente a los problemas se hace menos frecuente y predomina una actitud de supervivencia individual. Las personas se repliegan a su núcleo familiar primario. El silencio público, la falta de confianza social, la inhibición de la comunicación y la apatía caracterizan a este período, que puede ser considerado el período de «normalidad», de recuperación después de una catástrofe colectiva (Páez & Asún, 1992).

En síntesis, podemos suponer que una parte importante de los afectados por una catástrofe colectiva puede adaptarse sin tener que procesar emociones negativas que perduren. Sin embargo, otra parte también importante sufre de recuerdos intrusivos y de alteración afectiva, alternada con evitación cognitiva, conductual y afectiva. Dado que existe un número importante de sujetos que aparentemente recuerdan de forma intensa y privada los hechos traumáticos ¿cómo se procesan estos hechos traumáticos masivos en la memoria colectiva?

Examinemos el problema de la memoria colectiva en general antes de pasar a ver los procesos sociales de respuesta a los hechos traumáticos y sus efectos.

La memoria colectiva

En 1925, en su obra *Los marcos sociales de la memoria*, Halbwachs va a definir la memoria colectiva como la memoria de los miembros de un grupo que reconstruyen el pasado a partir de sus intereses y del marco de referencias presentes. Esta memoria colectiva asegura la identidad, la naturaleza y el valor de un grupo. Por último, esta memoria es normativa, es como una lección a transmitir sobre los comportamientos prescriptivos del grupo. Esta concepción de la memoria colectiva como la imagen colectivamente creada y compartida sobre un hecho histórico es utilizada en la actualidad (Schuman & Scott, 1989). Influído por Durkheim, para Halbwachs los elementos que definen la memoria colectiva son similares a los expuestos por el primero sobre las representaciones colectivas. Una representación (memoria) es so-

cial, no tanto por su contenido, como por ser compartida por una colectividad y sobre todo por sus funciones de defensa de la identidad grupal, por su carácter comunicativo y por su carácter normativo (Jodelet, 1991; Namer, 1987).

La memoria colectiva también está definida por dos elementos más. Primero, se apoya en hechos que han impactado a colectividades y que les han llevado a modificar sus instituciones, creencias y valores (Ibañez, 1992; Pennebaker, en este número). Segundo, es una memoria distribuida socialmente, ya que estos hechos pueden no ser conservados públicamente ni conmemorados, inclusive es frecuente que estén reprimidos políticamente, pero subsisten como hábitos, tradiciones orales, monumentos y archivos históricos distribuidos y potencialmente recuperables (Ibañez, 1992). Con la transición de los países del Este hemos visto cómo se recuperaba masivamente una imagen positiva de los nacionalismos pasados, que había sido reprimida institucionalmente. Líderes colaboracionistas y antisemitas del pasado son recuperados como antecesores del actual nacionalismo croata, ejemplificando simultáneamente la recuperación de una memoria colectiva y la adaptación del pasado a las necesidades sociales del presente.

Los procesos sociales del recuerdo según Halbwachs y Bartlett

Para Halbwachs la memoria es una actividad social: se recuerda lo que se procesa informalmente, lo que se conmemora institucionalmente y el recuerdo se apoya en los marcos de referencia dados socialmente. Bartlett (1932/1973) planteaba una argumentación similar cuando decía que las instituciones y costumbres actúan como una base esquemática para la memoria (Shotter, 1990). Las investigaciones sobre memoria autobiográfica han confirmado que los ciclos sociales actúan como marco del recuerdo - se recuerdan más hechos autobiográficos al final de un ciclo de actividades sociales y los recuerdos lejanos se apoyan en las actividades sociales (Páez, Insúa y Vergara, 1992).

Diferentes investigaciones confirman el postulado de Halbwachs sobre el papel central de la actividad social para mantener la memoria. Tres investigaciones demostraron empíricamente que la repetición abierta (verbigracia, cuán a menudo han hablado los sujetos sobre un hecho) era un buen predictor de la viveza de la memoria para sucesos personalmente importantes y/o para memorias muy intensas. Para mantener viva una memoria autobiográfica a medio plazo, era necesario que ésta tuviera una fuerte carga afectiva original

y que se hubiera repetido (pensado o hablado) frecuentemente (Ruiz-Vargas, 1991; Conway, 1990). De forma similar, se ha encontrado que niveles altos de reacción emocional al recordar sucesos autobiográficos estaban asociados con repeticiones interpersonales (Páez, 1992).

El recuerdo también es social para Halbwachs porque su forma es comunicativa: el recuerdo está fijado en la forma de frases y formas de lenguaje. En palabras de Janet, la forma superior del recuerdo es la narrativa o narración (récit). Bartlett también postuló que el recordar se realiza bajo la forma de un dar cuenta o narración justificativa de la actitud que emerge al evocar un objeto o hecho (Shotter, 1990; Bartlett 1932/1973). Según Bartlett, primero emerge una actitud, que luego el recuerdo justifica. El recuerdo excusa y justifica (explica el porqué de una actitud ante el hecho recordado), pero también le da forma a una experiencia afectiva difusa. Empíricamente se ha encontrado que la actitud influye en el recuerdo y que para evocar afectos o emociones, los sujetos deben recordar escenarios o narraciones de sucesos. Asimismo, algunos resultados sugieren que las respuestas afectivas son más rápidas y seguras que las cognitivas, y que lo primero que un sujeto recuerda al recordar episodios sociales es cómo se sintió en ellos (Echevarría & Páez, 1989).

También se ha planteado que la elaboración narrativa de los hechos negativos es una tendencia normal en los sujetos y que esta elaboración tiene un papel adaptativo: los sujetos que no comparten con otro su recuerdo de un hecho negativo presentan más problemas de salud física y mental (Pennebaker, 1990). Los sujetos que no logran articular socialmente una narración sobre su experiencia en los campos de concentración, se ven invadidos por recuerdos negativos (Namer, 1987).

La represión institucional de hechos traumáticos y el retorno compulsivo de lo reprimido

Freud fue otro autor clásico que afrontó el tema de la memoria colectiva, aunque desde un punto de vista complementario al de Halbwachs y Bartlett. Según afirma Freud, en una frase muy citada, las colectividades afrontan los crímenes comunes cubriendo "el lugar del delito con discretos monumentos que permitan olvidarlo". Como ilustra Pennebaker, las colectividades afectadas por crímenes políticos tienden a modernizar sus construcciones y no a conmemorar con monumentos los lugares de las tragedias (Pennebaker, 1990). En otras palabras, las sociedades afrontan los hechos traumáticos me-

dian­te la re­presión del he­cho en sí, y el des­plaza­miento de su signifi­cado. Sin em­bar­go, da­do su ca­rácter tra­umáti­co y la ausen­cia de tra­ba­jo cog­ni­ti­vo de asimi­la­ción, los he­chos re­pri­mi­dos re­apa­recen y re­sur­gen: lo re­pri­mi­do re­tor­na. Fue jus­ta­mente al en­fren­tar­se a los sue­ños re­pe­ti­ti­vos de los ve­te­ra­nos de guerra au­stría­cos, como Freud elabo­ró sus hipóte­sis sobre la com­pul­sión de re­pe­ti­ción. Estos he­chos tra­umáti­cos difi­cil­mente asimi­la­bles, no se pueden re­cor­dar por­que son muy do­loro­sos y el su­je­to busca olvi­darlos y al mis­mo tie­mpo, por su im­pacto re­apa­recen una y otra vez: no se pueden re­cor­dar ni olvi­dar (Ho­ro­witz, 1986). Todo el de­sar­rol­lo ac­tual sobre el PTSD en ve­te­ra­nos de guerra re­pro­duce la si­tuación de la época de Freud: se co­di­fi­ca como sín­to­ma psi­coló­gi­co los re­cuer­dos in­volun­ta­rios de he­chos tra­umáti­cos de los par­ti­ci­pan­tes en una guerra, que des­pués de rea­li­za­da y per­di­da (tan­to en Austria, don­de se dis­gre­gó el Im­pe­rio, como en Viet­nam), la so­ci­e­dad busca olvi­dar, re­ti­rán­do­les apo­yo so­cial a los ex­com­ba­ti­entes que se en­cuen­tran sin marco so­cial para dar­le un signifi­cado po­si­ti­vo a su ex­pe­riencia (Pen­ne­baker, 1990; Mo­dell & Hag­gerty, 1991). Aun­que haya un de­bate sobre ello, va­rias in­ves­ti­ga­cio­nes en­cuen­tran que hay ma­yor PTSD entre los ve­te­ra­nos de Viet­nam que entre los ve­te­ra­nos de otras guer­ras y su­je­tos com­para­bles no-ve­te­ra­nos. Una in­ves­ti­ga­ción de gran ri­gor en­con­tró que el 30% de los ve­te­ra­nos de Viet­nam su­frie­ron en al­gún mo­men­to de PTSD y un 15% lo su­frían en el mo­men­to de la en­cues­ta (1987). Estos por­cen­ta­jes eran seis ve­ces ma­yores a los de los ve­te­ra­nos de otras guer­ras y 12 ve­ces su­pe­riores a los de las per­so­nas de la mis­ma edad que no ha­bían sido com­ba­ti­entes (Mo­dell & Hag­gerty, 1991). Esto se puede in­ter­pre­tar en el sen­ti­do que los su­je­tos que a­fren­tan los he­chos tra­umáti­cos me­nos acep­ta­dos so­cial­mente (nun­ca hubo guerra de­clarada con­tra Viet­nam, esta per­dió apo­yo po­pu­lar y se per­ci­bió como una guerra sucia) tie­nden a re­cor­darlos más com­pul­siva­mente y de forma afec­ti­va más ex­tre­ma y ne­ga­ti­va.

Pen­ne­baker (1990) ha de­sar­rol­lado esta hipóte­sis freu­di­ana pos­tu­lan­do que las so­ci­e­dades en­fren­tan sus ca­tás­tro­fes so­cio­polí­ti­cas me­diante un tra­ba­jo co­lec­ti­vo de in­hi­bi­ción de he­chos tra­umáti­cos. Da­do el ca­rácter re­cur­ren­te del re­cuer­do de éstos y el tra­ba­jo fi­sioló­gi­co aso­ciado a la re­presión, esta di­ná­mi­ca de olvi­do se aso­ciaría a in­di­ca­dores co­lec­ti­vos de ma­lestar (véase tam­bién su ar­tí­cu­lo en este nú­me­ro).

La actividad social de reconstrucción

Si Halbwachs y Bartlett in­si­sten en la base in­sti­tu­ci­onal y en el ca­rácter de actividad so­cial del re­cuer­do, Freud in­si­stirá sobre el ca­rácter mo­ti­va­do

del olvido: se reprime lo negativo o se recuerda de forma distorsionada. Sin embargo, como señala Erdelyi (1990) los procesos reconstructivos del recuerdo postulados por Bartlett (nivelación, acentuación, convencionalización) son muy similares a los mecanismos de represión, desplazamiento y condensación planteados por Freud. Estos procesos de olvido, distorsión y reconstrucción permiten adecuar la memoria de hechos traumáticos a los marcos sociales de referencia —a los valores y creencias dominantes. Por otro lado, al insistir en el carácter normativo y basado en las necesidades del presente de la memoria colectiva, Halbwachs implícitamente coincide con Freud en que la memoria colectiva está sesgada hacia el olvido de lo negativo y hacia una imagen positiva del pasado.

Sinteticemos brevemente los procesos reconstructivos de la memoria investigados por Bartlett. Primero, una historia narrada bajo la forma de rumores sucesivos, o bajo la forma de recuerdos que pasan de sujeto en sujeto se simplifica y condensa. Los detalles se reducen y se simplifican. Es lo que Bartlett designaba como nivelación y asimilación. Segundo, algunos detalles se amplifican o exageran (otros se ignoran). Ciertos incidentes se ponen de relieve —se acentúan, siempre en vistas a asimilarlos al marco o esquema narrativo del recuerdo. Tercero, se elabora el recuerdo y se acentúan los detalles coherentes con la visión general que se transmite en el rumor o recuerdo colectivo. Es decir, se agregan detalles que encajen bien con la historia que se cuenta. Cuarto, hay un proceso de convencionalización, esto es, el recuerdo se va adaptando a las convenciones (usos, costumbres, valores, estereotipos) del grupo que constituye la red del rumor o recuerdo. Se van produciendo olvidos y agregados, transformaciones que permiten que la narración sea coherente con los estereotipos y valores locales. Por tanto, que la narración tenga una buena forma (tanto a nivel de estilo como de contenido) (Bartlett, 1932/73; Erdelyi, 1990; Allport & Postman, 1952/1977).

Podemos ejemplificar estos procesos con los mecanismos institucionales de recuerdo de hechos históricos traumáticos. En el caso de Japón, los manuales de historia centran la segunda guerra mundial en el enfrentamiento con USA y los aliados —se reconoce como punto de partida el ataque a Pearl Harbour por ejemplo (condensación y simplificación). Esto permite arrojar un velo sobre las agresiones militares japonesas desarrolladas desde 1931 en Asia y sobre las atrocidades cometidas, entre las que destacan los raptos y violaciones colectivas de mujeres chinas y coreanas, además de masacres sobre poblaciones inocentes y se amplifica la importancia de los combates

perdidos contra los aliados (omisión, asimilación e intensificación). Japón se presenta como una víctima y los ataques atómicos de Hiroshima y Nagasaki son presentados como una catástrofe natural —lo que permite exorcizar el resentimiento contra el «amigo americano» (convencionalización de acuerdo al marco de «patriotismo subordinado a USA» que domina ideológicamente en Japón). Sólo 40 años después de la guerra se están divulgando los crímenes japoneses contra chinos y coreanos y algunos líderes políticos japoneses han pedido disculpas por los sufrimientos infligidos a los pueblos asiáticos (Half, 1991; Postel-Vinay, 1991).

Al igual que en Alemania, después de la caída del régimen nazi y en el marco de la guerra fría, en Japón se concedió una amplia amnistía política. Se declaró tabú la época de la guerra en los manuales de historia, lo que asociado a lo antes dicho, muestra cómo los procesos reconstructivos de la memoria colectiva se parecen a los fenómenos de represión y censura postulados por Freud.

La dinámica social del silencio sobre hechos traumáticos

No sólo es frecuente el olvido institucional, sino que también lo es el silencio informal voluntario de los hechos negativos. En el caso de los hechos traumáticos hay elementos que sugieren que se da una dinámica colectiva de silencio y olvido. Esto ocurre tanto entre los «vencedores» como entre los «vencidos». El silencio sobre el pasado era lo dominante tanto entre víctimas como entre agresores, según encontró Sichrowsky en sus entrevistas con hijos de judíos sobrevivientes de campos y con hijos de criminales nazis (Sichrowsky, 1987). En una pequeña muestra entrevistada en Dallas (Pennebaker, 1990), sólo un 30% de sobrevivientes de campos de concentración comunicaron sus experiencias en USA después de la segunda guerra mundial. La historia social también sugiere que los vencidos guardan silencio y olvidan los fracasos, incluso ante hechos menos traumatizantes que las torturas y las muertes, como en el caso de las huelgas agrícolas sin éxito (Ferro, 1989).

En el caso de Chile, la respuesta dominante durante la época de Pinochet fue la negación y el silencio. Mucha gente encontraba que lo mejor era no hablar de la represión y las violaciones a los derechos humanos (Padilla & Comas-Díaz, 1986). Si bien no hay datos epidemiológicos, los datos prove-

nientes de clínicos sugieren que la respuesta mayoritaria fue el silencio, incluso entre las víctimas directas (Faúndez, Hering & Balogi, 1990).

El caso de Chile ejemplifica muy bien la dinámica colectiva de silencio. Esto se ve reforzado por el hecho de que el medio social negaba la realidad de lo ocurrido, se estigmatizaba al que le había ocurrido y se corrían riesgos reales si se denunciaba lo acontecido. Los siguientes extractos de entrevista ejemplifican la reacción de silencio y/o olvido voluntario:

Dirigente sindical 1:

«.. cuando regresaron contaron cómo los habían tratado (en un campo de concentración). Fue muy duro y decían que no les daban ganas de volver a acordarse» (Poltzer, 1990:91).

Dirigente sindical 2:

«por temor la gente no hablaba...Algunas personas, que a mí me constaba que habían sido torturadas, cuando uno se encontraba con ellas aseguraban estar muy bien» (Poltzer, 1990:228).

El silencio sobre los hechos es común a nivel formal e informal entre los miembros del grupo social al que pertenecen los agresores, como ilustra la entrevista realizada en 1985 a un joven perteneciente a los sectores que apoyaron el golpe:

«Hasta ese momento (1982-83) no sabía absolutamente nada de lo que había pasado después del 11 de Septiembre del 73 (fecha del golpe). No tenía idea de que habían matado gente, de que todavía había presos y había miles de exiliados, no sabía nada. En el 83 me enteré que en la zona del fundo (granja agrícola de su familia) habían matado gente. Lo que no salía en El Mercurio (periódico tradicional de derecha) o en la Televisión Nacional, no lo sabía» (Poltzer, 1988:150).

La lógica adaptativa del silencio y el coste colectivo de éste

Este mecanismo de evitación cognitiva y comunicativa se puede explicar a partir de datos sobre respuestas ante catástrofes colectivas. Pennebaker (1990) comparando dos comunidades que afrontaron una catástrofe colectiva (erupción de un volcán) encontró que en la comunidad en que el volcán le había afectado y que le podía afectar, la gente rechazaba más ser entrevistada sobre el hecho y declaraba no sentirse alterada afectivamente -en compara-

ción con la comunidad en que la erupción había ocurrido y que estaba distante del volcán por lo que se sentía a salvo. Para la gente que está en medio de una tarea inacabada, en el caso chileno la de afrontar una situación de represión selectiva y de miedo difuso, lo mejor es inhibir los pensamientos y sentimientos. Esta interpretación es la que proporciona Pennebaker apoyándose en estudios de laboratorio que comparan sujetos que han hecho tareas equivalentes, pero que tienen expectativas diferentes. El grupo de sujetos al que se le ha hecho creer que aún tiene que trabajar más declara estar menos cansado que el grupo al que se le dijo que había terminado de trabajar (Pennebaker, 1990).

Que la inhibición de pensamientos, sentimientos y comunicación sobre hechos negativos sea adaptativa en un medio como el de la dictadura chilena, no niega que tenga un coste. De hecho, los datos epidemiológicos revisados por Pennebaker sugieren que esta parálisis comunicativa y de inhibición se asocia a tasas de mortalidad y morbilidad comunitarias más elevadas.

La búsqueda de significado a los hechos traumáticos

No sólo el olvido y el silencio es frecuente ante hechos traumáticos, también se produce una construcción activa de significado. Dentro de este proceso y desde el punto de vista de los individuos directamente implicados, podemos distinguir diferentes mecanismos.

Primero, es muy frecuente el auto-responsabilizarse, ya sea por sus conductas o por sus características de personalidad, de lo ocurrido. Según Janoff-Bulman ésta es una forma de reconstruir la creencia en el carácter benevolente del mundo —si soy en parte responsable de lo que ocurrió, también en parte puedo controlar el hecho ahora. En algunas investigaciones, este auto-responsabilizarse sobre las conductas se asocia a la recuperación. No obstante, es mucho más claro que cuando el sujeto atribuye la causa del hecho traumático a su carácter o personalidad, esto refuerza su trastorno psicológico (Janoff-Bulman, 1992).

La comparación social con otros que están peor que uno también parece ser muy común entre las víctimas de hechos traumáticos. Igualmente parece ser común el creer que uno afronta mejor que la mayoría los hechos negativos (Janoff-Bulman, 1992).

Una tercera forma de reconstrucción del significado del hecho traumático es el reevaluarlo bajo un aspecto positivo. Se le da el sentido de un sacrificio por otro o se cree que ha permitido aprender cosas sobre la vida (las verdade-

ras prioridades) y sobre sí mismo (saber hasta dónde se puede llegar)(Janoff-Bulman,1992).

Una investigación que comparó ex-veteranos de la II guerra con y sin PTSD, encontró que los que tenían menor sintomatología usaban como mecanismo de afrontamiento prioritario de las memorias de hechos traumáticos de la guerra, el acentuar la parte positiva de éstos. También consideraban que los recuerdos eran menos estresantes y más controlables que los veteranos que sufrían de PTSD. Los que presentaban más sintomatología utilizaban como forma de afrontamiento prioritario el aislarse. También utilizaban más el auto-responsabilizarse de lo ocurrido, el fantasear que los deseos se hacían realidad y la búsqueda de apoyo afectivo como forma de enfrentar las memorias de guerra (Fairbank, Hansen, Fitterling, 1991).

Estos resultados reafirman que la auto-responsabilización, el aislamiento y formas de evitación cognitiva, son formas ineficaces de afrontamiento del recuerdo traumático. Los sujetos de mayor sintomatología no se diferenciaban por un déficit de formas de afrontamiento directo, y utilizaban más la descarga y búsqueda de apoyo afectivo, lo que sugiere que es la presencia de formas de afrontamiento evitantes de lo ocurrido el factor específico asociado a recuerdos intrusivos e incontrolables.

Apoyo social y afrontamiento del hecho traumático

El apoyo social que valida y reconoce la experiencia traumática de los sujetos, que ayuda a entenderla y darle un significado parece ser muy importante para asimilar los hechos traumáticos. Por ejemplo, los veteranos del Vietnam que tenían más apoyo social se sentían mejor (Davidson & Baum, 1986). Señalemos que el apoyo social sirve para disminuir los síntomas psicológicos y conductuales ante el estrés, pero que no disminuye la activación fisiológica y los síntomas físicos en el momento de enfrentarse a los estresores (Davidson & Baum, 1986). Igualmente, el tener un fuerte apoyo social aumenta la reacción afectiva en personas que tienen familiares combatiendo, ya que se produce un efecto de reforzamiento del pensamiento repetitivo y de contagio de rumores (Hobfoll & Parrish, 1990). El apoyo social sirve para afrontar retrospectivamente un hecho traumático, pero no disminuye la reacción fisiológica provocada por éste y, en ocasiones, el compartir y reflexionar sobre el estresor cuando éste está actuando refuerza la reacción afectiva negativa.

La dinámica social de afrontamiento de los hechos traumáticos: la dificultad de encontrar y otorgar apoyo social

Se ha constatado que el apoyo social ayuda a amortiguar el impacto de los hechos traumáticos. En una investigación se encontró que los excombatientes de Vietnam que tenían mayor déficit de apoyo a su regreso a USA, eran los que más sufrían de PTSD. Otra investigación confirmó que tener una pareja que había compartido la experiencia y un alto nivel de compartir y hablar sobre sí mismo eran dos factores asociados a un mejor ajuste psicológico en sobrevivientes de campos de concentración (Janoff-Bulman, 1992).

Normalmente, los sujetos que buscan apoyo social para confrontar hechos traumáticos tienen problemas para obtenerlo. Escuchar hechos represivos extremos se asocia a activación fisiológica y el compartir con sujetos depresivos induce un estado de ánimo negativo, por lo que podemos suponer que los sujetos evitan estas experiencias. La búsqueda de apoyo social en estas circunstancias *quema* la red social de los sujetos y aumenta sus problemas (Pennebaker, 1990).

Además, los hechos traumáticos actúan como estigmas, como hechos que marcan negativamente a la gente (la violación por ejemplo). Como dice Janoff-Bulman, las víctimas son un testimonio permanente de la malevolencia del mundo y de la eventual vulnerabilidad que tenemos ante el destino. Es por esto muy común que las personas reaccionen ante personas estigmatizadas de forma contradictoria: positivamente a nivel verbal y en la evaluación formal, pero con signos no verbales de distancia y rechazo (Janoff-Bulman, 1992).

El caso chileno ejemplifica cómo los sujetos marcados por la represión sufren pérdida de status, discriminación y estigmatización:

«A la muerte o desaparición de un miembro de la familia sigue una larga historia de marginalidad. Las familias son discriminadas en sus posibilidades de trabajo, los niños en el acceso a colegios, universidades e instituciones del Estado. El estigma es tan fuerte que las familias, al sentir el rechazo del mundo externo, se van sumiendo en un ostracismo, en un aislamiento muy grande. Sólo se sienten a gusto con aquellos que comparten su experiencia» (Rettig, 1991:II:782).

A veces, la represión y estigmatización se asocian al aislamiento social voluntario de las víctimas, como ejemplifica el siguiente testimonio:

«A la mayoría los metieron presos, los tuvieron detenidos varios años y salieron muy afectados. Una amiga que era funcionaria del agro, dos o tres años después del golpe, me pidió que no me acercara a ella, porque yo no sabía en qué condiciones había salido de la cárcel».

«Tú no sabes, Víctor —me dijo— qué cosas pasé adentro; yo podría ser hasta informante. Así que, por favor, no me vengas a ver si conversemos» (Politzer, 1990:162).

Es también bastante frecuente que personas que comparten un hecho traumático no se puedan apoyar por los diferentes ritmos y estilos de duelo. Es muy frecuente, por ejemplo, que las parejas que han perdido a un hijo se divorcien. Si a esto le agregamos que las personas cercanas no saben qué decir, evitan hablar o esperan que la víctima tome la iniciativa, es posible suponer que el trabajo de apoyo social y afrontamiento de estos hechos es difícil (Pennebaker, 1990). Además, la gente no expresa sus estados y experiencias negativas, ya sea por proteger al otro, porque no se entendería su experiencia o, ya sea porque es muy doloroso recordar los hechos traumáticos y se prefiere olvidarlos —estos eran los tres motivos dados por los sobrevivientes del Holocausto como explicación del porqué no habían compartido su experiencia traumática (Pennebaker, 1990). Por otro lado, en lo referente a la aprobación social, los sujetos que *ponen al mal tiempo buena cara* son mejor evaluados y reforzados, que las personas que expresan lo afectadas que están por un hecho traumático (Silver, Crofton & Wortman, 1990)

Podemos resumir lo anterior diciendo que las víctimas de hechos traumáticos se ven estigmatizadas y corren el riesgo de verse rechazadas si expresan toda su vivencia negativa, por lo que prefieren no hacerlo y ser mejor evaluadas. Becker y Lira (1989) afirman que el revivir los hechos traumáticos parecía asociarse a temor, culpabilidad y desconcierto y que la opinión predominante en Chile en esos años era la de no recordar ni revivir estos hechos -reafirmando la existencia de esta lógica de quemazón de las redes sociales y de evitación del reparto social de estos hechos afectivos. En el caso de traumas sociopolíticos, compuestos por represiones masivas y la instauración de nuevos regímenes sociales, como en el caso de Chile, podemos suponer que estos fenómenos se refuerzan por el castigo, el miedo internalizado y la disgregación de las redes sociales. Fenómenos comunes como la movilidad económica por el cambio de la estructura social, el exilio económico y político, también refuerzan la dinámica de disgregación de las redes sociales, de falta de reparto social de los hechos y de amnesia.

La construcción social del significado: justificando los hechos traumáticos

Como una forma de mantener su confianza en un mundo benevolente y con sentido, las personas tienden a atribuir las causas de hechos negativos a las víctimas (si han tenido esa suerte, algo habrán hecho o se lo merecerán por su conducta). Las investigaciones de Lerner han mostrado que esta tendencia a creer en un mundo justo está fuertemente arraigada en las personas. Por ejemplo, personas a las que se les había asignado aleatoriamente a recibir castigos, eran peor evaluadas y se les responsabilizaba por lo ocurrido (Janoff-Bulman, 1992).

La mayoría de la población alemana de más de 40 años cree que los judíos fueron en parte responsables del Holocausto (Daniel, 1992). Esta atribución de responsabilidad a las víctimas junto con una reevaluación positiva del pasado han sido también confirmadas en un reciente estudio realizado en Alemania por el Instituto IFAS de Múnich sobre una muestra de 3000 personas. Así, un 10% de los alemanes occidentales y un 4% de los alemanes orientales están de acuerdo en que «es culpa de los propios judíos que hayan sido perseguidos a lo largo de la historia» y un 28% de la muestra considera que hay algo de verdad en dicha afirmación. Igualmente, alrededor de un tercio de los encuestados considera que el régimen de Hitler «tuvo sus cosas buenas» (Martí Font, 1992).

En el caso chileno fue muy común justificar lo ocurrido. El siguiente extracto de entrevista ejemplifica este razonamiento:

«Yo también encuentro terrible eso de los presos políticos y de los exiliados, pero es por algo malo que habrán hecho, y si no se tomaran las medidas, ¡quizás que desorden habría!» (Poltzer, 1990: 156).

Además de esta base motivacional, existe una base cognitiva, el sesgo confirmatorio retrospectivo. Se ha encontrado que las personas una vez que han conocido el resultado de una serie de sucesos, tienden a sobreestimar la probabilidad de ocurrencia que le dieron a ese resultado. Las personas una vez que conocen el resultado de una serie de sucesos tienden a creer que los hechos se encadenaban naturalmente hacia el desenlace que se dio y les cuesta mucho imaginar otras alternativas (Janoff-Bulman, 1992). Este sesgo de clarividencia retrospectiva, de base puramente cognitiva, también lleva a responsabilizar a las víctimas de lo ocurrido (¿cómo no se rebelaron los judíos antes, si todo los llevaba al Holocausto?).

El caso chileno como ejemplo de procesos sociales de memoria colectiva de hechos traumáticos.: reconstrucción y convencionalización, responsabilización de la víctima y mundo justo

Según el informe oficial sobre la represión dictatorial en Chile, las reacciones corrientes ante los hechos traumáticos de la represión fueron la solidaridad, la justificación, el silencio y evitación, y el abandono (Informe Rettig, 1991). En el interior de muchas familias hubo reacciones distintas ante la muerte o la desaparición de uno de sus miembros. 1) Algunos fueron solidarios con la situación y se esmeraron en hacer gestiones con el fin de aclararla o encontrarlos; 2) otros pensaron que no era un hecho tan grave; 3) otros la justificaron y 4) otros guardaron silencio. Entre ellos se produjeron desconfianzas que provocaron un evidente deterioro de los vínculos familiares. Por ejemplo:

«Nunca tuve apoyo de mis padres. Soy hija única, ellos aplaudieron al gobierno, me obligaron a vender mi casa por si mi marido volvía, para que no viviera más con él. Mis padres me dijeron: por el desgraciado de tu marido estamos metidos en esto» (Rettig, 1991:II:776-777).

La distribución de las respuestas de solidaridad, abandono, negación y justificación es difícil de señalar. Como indicador podemos resaltar que en 1975 la Asociación de Familiares de Desaparecidos reunía a un tercio de los familiares de los desaparecidos estimados (Informe Rettig, 1991:II: 613). Esto sugiere que al menos dos tercios optaron por la negación o la justificación entre los familiares cercanos de las víctimas —en un momento de fuerte represión. A pesar de que haya factores sociopolíticos (miedo a la reacción de un aparato militar intacto) que expliquen en parte lo ocurrido, digamos que en Uruguay la mayoría de la población optó en un plebiscito por el olvido (el 68% de los votantes aprobó la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado) (Patrón & Etchegoyhen, 1989).

La responsabilización de las víctimas, la reestructuración de lo ocurrido en un sentido convencional y la comparación social ventajosa son comunes entre la población de los victimarios.

La versión de la represión dada retrospectivamente en 1984 por un militar que fue alcalde de la dictadura ejemplifica muy bien los procesos de atribución de significado y de convencionalización de la memoria:

«En cuanto a la Dina (policía política responsable de la desaparición y torturas de gente desarmada)... creo que en un principio estuvo bien. Porque cuando se inició este régimen había una verdadera guerra... (reconstrucción y

simplificación: en dos días los militares controlaron el país y no hubo real resistencia armada, la represión masiva se prolongó durante meses y la selectiva durante años, en los cuales prácticamente no hay ni militares ni policías muertos y se producen centenares de muertos y desaparecidos (Informe Rettig, 1991). En esa época cayeron muchos por lado y lado, muchos carabineros (guardias civiles)...fueron muertos (amplificación: el total de policías y militares muertos en el momento del golpe es de 25 y el de civiles de 1200). Y desde el momento que se trata de una guerra cada cual asume su responsabilidad y muere el que muere (recuerdo convencionalizado de acuerdo al marco colectivo de *fue la guerra y mundo justo* —la mayoría de los desaparecidos y muertos durante la dictadura no estaban armados ni combatían). Por eso en lo de los desaparecidos yo no le echo la culpa a nadie. Pienso que fue una estupidez, como la guerra sucia de Argentina. Pero allá pasaron de los 35.000 desaparecidos y en Chile ¿habrá unos 600? (comparación social ventajosa). Además pienso que toda esa gente desaparecida eran como perros rabiosos, ¡con rabia!. Y hay que eliminar la rabia aunque yo no lo justifico (el tema de los desaparecidos —atribución de responsabilidad a la víctima y justificación ambivalente de lo ocurrido) ...». (Poltzer, 1990:67, los comentarios entre paréntesis han sido agregados por los autores).

La lucha política por el recuerdo y el olvido de los hechos traumáticos

El esfuerzo por darle un significado a un hecho traumático es un fenómeno común, si bien no siempre éste tiene éxito —una parte importante de las víctimas de hechos traumáticos siguen años después sin encontrarle un sentido a lo ocurrido (Janoff-Bulman, 1992).

En condiciones sociopolíticas más favorables la lucha contra el olvido y la conmemoración testimonial son mecanismos que permiten darle un sentido social a las memorias individuales intrusivas de hechos traumáticos colectivos (véase el artículo de Jodelet sobre el proceso de Barbie en este número). Este proceso que transforma el sufrimiento individual en testimonio social y en un arma política, parece servir para disminuir la sintomatología (Becker y Lira, 1989).

Ante hechos negativos que dividen a una sociedad, los rituales de recuerdo no tienen el carácter de lección normativa unificadora, como Halbwachs pensaba. Para las víctimas y sus próximos, la conmemoración de la catástrofe colectiva permite darle un sentido positivo a lo ocurrido: la conmemoración

es el modo de reconocer que eso ocurrió, que fue injusto y que no se debe repetir (Jodelet, 1992). Para los responsables de la catástrofe, la evitación del recuerdo y su recuerdo convencionalizado tienen la misma función, aunque su contenido sea diferente. Dijimos antes que la memoria colectiva no tenía una existencia sólo en los individuos, sino que estaba distribuida en los artefactos culturales. Intentaremos ejemplificar cómo el grupo social de los agresores reconstruye simbólicamente su pasado para afrontar hechos traumáticos de los que son responsables.

La reconstrucción simbólica del pasado

Para un hecho negativo (una guerra impopular y perdida) es frecuente que se acentúe el significado de la pertenencia individual positiva al grupo. Por ejemplo, en el recuerdo de la guerra de Vietnam se sitúa en un segundo lugar la causa por la que se luchó y se pone de relieve las peripecias y bondades de los combatientes individuales. El monumento de homenaje a las víctimas de Vietnam insiste en el recuerdo individualizado de los muertos en combate y deja en un segundo plano el significado sociopolítico de la guerra (Wagner & Schwartz, 1991).

La evolución de los filmes populares norteamericanos sobre Vietnam sugieren las siguientes fases de reconstrucción. Primero, películas convencionales, que no hablan de las torturas, masacres y problemas (*Boinas Verdes* de J. Wayne, por ejemplo). Segundo, el mutismo o películas críticas sobre el carácter alienante de la guerra (*Apocalipsis Now* de Ford-Coppola). Tercero, películas que insisten sobre la bondad individual y la pertenencia al grupo nacional de los combatientes -el caso paradigmático de la película *El cazador de Cimino*. Los filmes populares posteriores a *El Cazador* (*Perdido en Combate I, II*, etc) van a ignorar el destino final de la guerra (la victoria del Vietcong) y a mostrar cómo el sujeto del grupo de pertenencia triunfa (Wagner & Schwartz, 1991).

Algo similar ocurre en el cine francés en lo referente a las guerra de Vietnam y de Argelia —ambas perdidas. Primero, el mutismo, sólo roto por críticos minoritarios. Luego producciones centradas en los individuos y sus bondades y películas épicas como *Dien-Bien-Phu*, en el que la derrota militar se transforma en victoria ideológica (Zimmer, 1992).

Videlier resume así la visión de la guerra de Argelia en un film popular norteamericano, basado a su vez en una novela popular (*Los Centuriones* de Jean Laterguy):

«...los métodos de pacificación (torturas, desapariciones) se mostraban en la pantalla, no se ocultaban, pero se situaban en un escenario en el que no existían las verdaderas causas, ni los actores, ni el desarrollo de esta guerra. De este conflicto, del que se había eliminado toda su realidad, no quedaba más que una hermosa aventura viril, destinada a espectadores confiados en la superioridad del hombre occidental» (Videlier, 1992: 28).

La historia natural de la reconstrucción simbólica externa de hechos traumáticos colectivos, parece seguir las siguientes fases (evidentemente, esto debe ser contrastado de forma más sistemática). Primero, el silencio (combatido por los críticos) y/o una versión convencional que ignora los hechos negativos. Posteriormente, un período de "amnesia" u olvido. Luego, el recuerdo individualizado, que pone de relieve las características personales de los sujetos y olvida la causa perdida. Por último, el recuerdo idealizado, en el que la actuación del grupo social se valora positivamente. Digamos que parece plausible que la negación y anestesia afectiva, alternada con recuerdos intrusivos no sistematizados, así como el trabajo de asimilación y elaboración, de aceptación del pasado traumático y de acentuación de lo positivo, parecen no ser sólo un proceso psicológico, sino que también se dan a nivel de la producción artística —a nivel de los artefactos simbólicos colectivos (Horowitz, 1986; Pennebaker, artículo en este número).

Esto no tiene por qué tener un efecto directo sobre la población afectada por el hecho traumático. Aun cuando según algunas investigaciones, la mayoría de los excombatientes tenían una visión más positiva que negativa de su experiencia de guerra, el recuerdo de la guerra en la generación de los 60 era negativo y según otras investigaciones, la visión general de la experiencia de guerra era más negativa que positiva (Davidson & Baum, 1986; Schuman & Scott, 1989). Algunas encuestas realizadas en el momento del estreno de la película *Platoon* mostraron que la mayoría de los jóvenes norteamericanos no sabían que se había perdido una guerra en Vietnam, sugiriendo que es la generación no afectada por la guerra la que es influenciada por la reconstrucción simbólica.

La transmisión generacional del trauma sociopolítico

Aunque no se hable directamente de los hechos traumáticos, parece haber alguna forma de transmisión de lo ocurrido, de una generación a otra. Así, los hijos de supervivientes del Holocausto se caracterizan por una mayor ansiedad ante sucesos negativos, por una mayor preocupación por el tema de la muerte, por una culpabilidad por sobrevivir y por experimentar una mayor ambivalencia ante la expresión de agresión. Además, los militares israelitas hijos de supervivientes del Holocausto afectados de estrés de combate, tenían una probabilidad mayor de sufrir trastornos de estrés postraumático dos y tres años después de la guerra, que los combatientes que no tenían progenitores afectados por el Holocausto. No sólo el porcentaje de afectados de PTSD era mayor (52% vs. 39%) tres años después, sino que también la intensidad de los síntomas era mayor (Solomon, 1990). Estos resultados sugieren que alguna forma de transmisión de vulnerabilidad funciona entre las generaciones.

Conclusiones

Los hechos traumáticos extremos provocan síntomas afectivos en la mayoría de las personas afectadas, en particular, si éstas no tienen apoyo social. Además, se tiende a recordar y revivir lo ocurrido, si bien al mismo tiempo se tienen dificultades para comunicarlo y compartirlo.

Tanto por la estigmatización y el rechazo que estos hechos provocan, como por la desarticulación social típica de las catástrofes colectivas, es común que se silencie lo ocurrido y no se comparta. Esta inhibición en la comunicación se asocia a indicadores colectivos e individuales de malestar.

Además de esta inhibición de la comunicación, se tiende a responsabilizar a los sujetos de lo ocurrido, lo que probablemente refuerza el malestar.

Para construir un significado, los sujetos tienden a realizar comparaciones sociales ventajosas, y a resaltar lo positivo. Parece haber una paradoja: para controlar los recuerdos intrusivos y para evitar el rechazo social, es necesario resaltar lo positivo de lo ocurrido y comunicarlo de forma desdramatizada. Esto sirve para defender la identidad social de los agresores. En el caso de las víctimas, el énfasis en lo positivo y la búsqueda de un significado también contribuye paradójicamente a una transmisión distorsionada de lo ocurrido.

La lucha por la memoria y el olvido, por la acentuación de uno u otro significado de los traumas sociopolíticos, muestra la limitación clásica de la aproximación Durkheimiana a la memoria colectiva: su visión consensual y no conflictiva de la sociedad.

Si tomamos el punto de vista de los agresores, parece que la historia natural de la memoria colectiva pasará de una fase freudiana, de distorsión y represión, a una fase de recuerdo individualizado en la que se reconoce el sufrimiento individual, pero sin otorgársele necesariamente un significado sociopolítico positivo, para culminar en una fase halbwichsiana, en la que lo que se recuerda tiene un carácter normativo. Por tanto, se pasaría de la ocultación y del silencio a la disgregación individual del acto colectivo, y de ésta a la transformación de la represión en buena conciencia ideológica difusa. El proceso parece ser similar en el caso de las víctimas, si bien con diferencias de contenido (se acentúa el sentido del sacrificio y se le da un valor positivo a la conmemoración).

Pese a la dinámica de silencio y a la reconstrucción positiva, que tienen una eficacia social, parece producirse una transmisión de generación a generación del trauma sociopolítico.

Referencias

- Allport, G.-Postman, L. (1952/1977): *Psicología del Rumor*. Buenos Aires: Pléyade.
- Bartlett, F.C. (1932/1973): Los factores sociales del recuerdo. En H. Proshansky-B. Seidenberg (Eds.): *Estudios Básicos de Psicología Social*. Madrid: Tecnos.
- Baudin, G. (1992): Croissance Economique et Amnésie Politique au Chili: qui se souvient des crimes de M. Pinochet?. *Le Monde Diplomatique*, Juin, 19.
- Becker, D.-Lira, E. (1989): *Derechos Humanos: todo es según el dolor con que se mire*. Santiago: ILAS.
- Bravo, M.-Rubio, S.M.-Canino, G.-Woodbury, M.-Ribera, J.C. (1990): The Psychological Sequelae of Disaster Stress prospectively and retrospectively evaluated. *American Journal of Community Psychology*, 18, 661-680.
- Conway, M. (1990): *Autobiographical Memory*. Milton Keynes: Open University Press.
- Daniel, J. (1992): Acerca del pesimismo. *El País*, Febrero, 1, 11.
- Davidson, L.M.-Baum, D. (1986): Implications of Post-traumatic Stress for Social Psychology. *Journal of Applied Social Psychology*, 6, 207-233.
- Davidson, J.T.-Foa, E.A. (1991): Diagnostic issues in Posttraumatic Stress Disorder. *Journal of Abnormal Psychology*, 100, 346-355.

- De Rivera, J. (1991): *Emotional climate: social structure and emotional dynamics*. Comunicación al Encuentro sobre Clima Emocional, Luxemburgo.
- Echebarria, A.-Paez, D. (1989): *Emociones: perspectivas psicosociales*. Madrid: Fundamentos.
- Echeburua, E. (1992): *Avances en el tratamiento psicológico de los trastornos de ansiedad*. Madrid: Pirámide.
- Erdelyi, M.H. (1990): Repression, Reconstruction and Defense: History and integration of the psychoanalytic and experimental frameworks. En J.L. Singer (Ed.): *Repression and Dissociation*. Chicago/Londres: The Chicago University Press.
- Fairbank, J.A.-Hansen, D.J.-Fitterling, J.M. (1991): Pattern of Appraisal and Coping across different Stressor Conditions among former Prisoners of War with and without Post-traumatic Stress Disorder. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 59, 274-281.
- Faundez, H.-Hering, M.-Balogi, S. (1990): Vivir en pareja: vivencia y elaboración de los traumas. En Codepu (ed.): *Tortura: aspectos médicos, psicológico y sociales*. Santiago: CODEPU.
- Ferro, M. (1989): Les oublis de l'Histoire. *Communications*, 49, 57-66.
- Halbwachs, M. (1925/1975): *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*. Paris: Mouton.
- Halbwachs, M. (1950): *La Mémoire Collective*. Paris: PUF.
- Half, A. (1991). Reconstruire le passé: la mémoire retrouvée des crimes de Nankin. *Le Monde Diplomatique*, Aout, 27.
- Hobfoll, S.E.-Parrish, S.M.A. (1990): Social Support during Extreme Stress: Consequences and Intervention. En B.R. Sarason, I.G. Sarason & G.R. Pierce (Eds.): *Social Support: an interactional view*. Nueva York: Wiley & Sons.
- Horowitz, M. (1986): *Stress Response Syndrome*. Northvale, NJ: Aronson.
- Huneus, C. (1987): Los chilenos y la política: *Cambio y Continuidad en el Autoritarismo*. Santiago: Academia de Humanismo Cristiano.
- Ibañez, T. (1992): Some Critical comments about the theory of social representations. *On-going Production on Social Representations*, 1, 21-26.
- Jacobson, D.E. (1986): Types and Timing of Social Support. *Journal of Health and Social Behavior*, 27, 250-264.
- Janoff-Bulman, R. (1992): *Shattered Assumptions: towards a new psychology of trauma*. New York: The Free Press.
- Jodelet, D. (1991): Representaciones Sociales: un área en expansión. En D.Páez-C.San Juan-I.Romo-A.Vergara (Eds.): *Sida: Imagen y Prevención*. Madrid: Fundamentos.
- Jodelet, D. (1992): Mémoire de Masse: le coté moral et affectif de l'histoire. *Bulletin de Psychologie*, XLV, 239-56.
- Lira, E. (1990a): Guerra Psicológica: intervención política de la subjetividad colectiva. En I. Martín-Baró (Ed.): *Psicología Social de la Guerra*. El Salvador: UCA.

- Lira,E.(1990b): Psicología del Miedo y Conducta Colectiva en Chile. En I. Martín Baró (Ed.): *Psicología Social de la Guerra*. El Salvador: UCA
- Lira,E.-Castillo,M.(1991): *Psicología de la Amenaza Política y del Miedo*. Santiago: ILAS.
- Marti Font,J.M.(1992): Uno de cada tres alemanes cree que Hitler "tuvo cosas buenas" - Sondeo del Instituto IFAS- Múnich. *El País, Noviembre*, 11, 2.
- Martin-Baro,I.(1990): Guerra y trauma psicosocial del niño alvadorense. En I. Martín-Baró (Ed.): *Psicología Social de la Guerra*. El Salvador: UCA.
- Middleton,D.-Edwards,D.(1990): *Collective Remembering*. Londres: Sage.
- Middleton,D.-Edwards,D.(1990): Conversational Remembering: a social psychological approach. En D. Middleton & D. Edwards (Eds.): *Collective Remembering*. Londres: Sage.
- Modell,J.-Haggerty,T.(1991): The Social Impact of War. *Annual Review of Sociology*, 17, 205-224.
- Namer,G.(1987): *Mémoire et Société*. París: Eds. des Méridiens.
- Padilla,A.-Comas-Díaz,A.(1986): Un estado de Miedo. *Psychology Today español*, 3, 30-34.
- Paez,D.(1992): *Salud, Expresión y Represión Social de las Emociones*. Valencia: Promolibro (en prensa).
- Paez,D.-Adrian,J.A.-Basabe,N.(1992): Balanza de Afectos, Dimensiones de la Afectividad y Emociones: una aproximación sociopsicológica a la salud mental. En J.L. Alvaro,A. Garrido & J.R. Torregrosa (Eds.): *Influencias Sociales y Psicológicas en la Salud Mental*. Madrid: Siglo XXI.
- Paez,D.-Asun,D.(1992): The History of Climatic Changes in Chile. En R. Buck (Chairman): *The measurement of emotional climate*. Symposium XXV International Congress of the Psychology.
- Paez,D.-Insua,P.-Vergara,A.(1992): Relations Sociales, Représentations Sociales et Mémoire. *Bulletin de Psychologie*, XLV, 257-63.
- Patron,C.-Etchegoyhen,C.(1989): Memoria, dolor, olvido y castigo. En D. Becker & E. Lira (1989): *Derechos humanos: todo es según el dolor con que se mira*. Santiago: ILAS.
- Pennebaker,J.(1990): *Opening Up*. New York: Morrow and Co.
- Pennebaker,J.W.-Barger,S.-Tiebaout,J.(1989): Disclosure of traumas and health among Holocaust survivors. *Psychosomatic Medicine*, 51, 577-584.
- Politzer,P.(1988): *La ira de Pedro y los otros*. Santiago, Planeta.
- Politzer,P.(1990): *Miedo en Chile*. Santiago: CESOC, Chile- América.
- Postel-Vinay,K.(1991): Les japonais découvrent leur passé militariste. *Le Monde Diplomatique, Novembre*, 27.

- Rettig,R.(1991): *Informe Rettig*. Informe de la comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Santiago: Ornitorrinco-La Nación.
- Rodríguez,M.(1990): *Ya nunca me verás como me vieras*. Santiago: Ornitorrinco.
- Rojas,P. & cols.(1989): Amedrentamiento Colectivo. En Codepu (Ed.): *Persona, Estado y Poder: Estudios sobre Salud Mental. Chile 1973-1984*. Santiago: Codepu.
- Rubonis,A.V.-Bickman,L.(1991): Psychological Impairment in the Wake of Disaster: The Disaster -Psychopatology relationship. *Psychological Bulletin*, 109, 384-399.
- Ruiz-Vargas,J.M.(1991): *Psicología de la Memoria*. Madrid: Alianza.
- Schuman, H. & Scott, J.(1989): Generations and Collective memory. *American Sociological Review*, 54, 359-381.
- Shotter,J.(1990): The Social Construction of Remembering and forgetting. En D. Middleton & D. Edwards (Eds.): *Collective Remembering*. Londres: Sage.
- Sichrowsky,P.(1987): Nacer culpable, nacer víctima. Nota bibliográfica. *Memoria*, 3, 56-57.
- Silver,R.C.-Wortman,C.(1990): Effective Mastery of Bereavement and widowhood. En P.B. Baltes & M.M. Baltes (Eds.): *Successful Aging*. Londres: Cambridge.
- Silver,R.C.-Wortman,C.-Crofton,C.(1990): The Role of Coping in Support Provision: the self-presentational dilemma of Victims of Life Crises. En B.R. Sarason, I. G. Sarason & G.R. Pierce (Eds.): *Social Support: an interactional view*. New York: Wiley & Sons.
- Solomon,Z.D.(1990): Does the war end when the shooting stoops?. *Journal of Applied Social Psychology*, 20, 1733-1745.
- Steinglass,D.-Gerrity,E.(1990): Natural Disasters and Post-traumatic Stress Disorder. *Journal of Applied Social Psychology*, 20, 1746-1754.
- Taylor,S.-Brown,J.(1988): Illusion and Well-being. *Psychological Bulletin*, 103, 193-210.
- Videliér,P.(1992): La France se penche sur sa guerre d'Algérie. *Le Monde Diplomatique*, *Noviembre*, 28-29.
- Wagner,P.R.-Schwartz,B.(1991): The Vietnam Veterans memorial: commemorating a difficult past. *American Journal of Sociology*, 97, 376-420.
- Wortman,C.-Silver,R.C.(1989): The Myths of Coping with loss. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 57, 344-357.
- Zimmer,C.(1992): L'esprit de la fiction: La Guerre sans Nom, un Film de B. Tavernier et P. Rotman. *Le Monde Diplomatique*, *Avril*, 29.